

CÓRDOBA Y FUENTES, María de. *Sor María de la Santísima Trinidad.* Granada, 1647 – Málaga, 29. VIII.1729. Escritora.

Descendiente de los reyes de Castilla por línea paterna, su domicilio familiar se encontraba cercano al monasterio de las Carmelitas Descalzas de Granada. Allí acudía a escuchar misa desde su infancia, etapa en la que sorprendía a todos con su temprano desarrollo intelectual. De este modo, a los tres años de edad ya sabía leer, provocando el asombro de cuantos la conocían a causa de sus precoces facultades.

Parece ser que, siendo aún niña, una noche tuvo un sueño que consideró profético, en el cual se veía rodeada de religiosas descalzas del convento de San José de Málaga. Así pues, considerando que dicho sueño le indicaba la voluntad divina, se propuso ingresar en esta Orden, deseo que chocó frontalmente con la oposición de sus padres, que querían retener junto a sí a su única hija. A pesar de esto, cuando María de Córdoba asistía a la iglesia del cercano convento, planeaba sin cesar su huida de la casa paterna, remitiendo numerosos escritos en este sentido a las monjas carmelitas, solicitando su asilo. Las religiosas trataron de desanimarla, por lo que la niña decidió adoptar en su propia casa un régimen de vida cercano al monacal.

Algunos años más tarde, los padres tuvieron que trasladar el domicilio familiar a la vecina ciudad de Málaga, por lo que María de Córdoba vio un poco más cerca la consecución de lo que se le revelara en su sueño. Tras un intento de fuga que frustraron las prudentes palabras de su confesor, por fin su familia accedió a los vehementes deseos de la joven, que profesó en su soñado convento de Carmelitas Descalzas el día 12 de octubre de 1672, adoptando el nombre de María de la Santísima Trinidad.

Según el erudito malagueño Narciso Díaz de Escobar, que rescató en 1898 la figura de esta escritora granadina gracias al descubrimiento de un manuscrito con su biografía: “Su vida fue un conjunto de martirios y sublimidades. Su obediencia no tuvo límites, su castidad fue tanta que jamás abrigó pensamiento alguno que no fuera de absoluta pureza, su comida era tan parca que parecía increíble se alimentara con tan exiguas cantidades y su humildad no halló religiosa que le igualara”.

En el año 1708, María de Córdoba fue trasladada al convento de Vélez, que había sido fundado en 1699 y que parecía atravesar por una etapa de crisis, con una preocupante escasez de monjas que hacía temer por su continuidad. Sin embargo, su estancia allí será sólo transitoria, pues tres años más tarde, y ante el apego que la escritora religiosa experimentaba hacia sus compañeras del convento de Málaga, le fue concedido por sus superiores regresar a aquél.

Poco tiempo después comenzará el declinar de su vida, con el desarrollo de una penosa enfermedad que le ocasionará la muerte en agosto de 1729, falleciendo por tanto a los ochenta y dos años de edad. De sus últimos años de vida ha quedado el testimonio manuscrito de una de sus compañeras, quien afirma que “Padeció grandes trabajos en los últimos años de su vida, interior y exteriormente, [...] y a la religiosa que la asistía hacía que continuamente le estuviera diciendo actos amorosos, porque le ayudara a lo que no podía y así parecía que se estaba ayudando a bien morir todo el día y parte de la noche: porque aquella criatura era un compasivo dolor verla cual estaba, deshaciéndose su cuerpo y su alma, que nos causaba gran pena el verla. [...] Y en todo cuanto vimos y experimentamos, conocíamos lo acendrado de sus virtudes y la valentía de su espíritu”.

Durante sus largos años de vida religiosa, compuso María de Córdoba numerosos poemas, que reflejaban con frecuencia el gran conocimiento que, como lectora ávida y precoz, poseía de los textos bíblicos. Otros de sus poemas expresan el profundo amor divino que la había llevado al convento. La mayoría fueron musicados y eran cantados por sus compañeras, mientras otros eran repetidos como oraciones en las

más solemnes funciones celebradas en la capilla carmelita de San José.

La modestia de María de Córdoba la llevó siempre a no dar importancia a sus composiciones, según lo refleja el mencionado texto biográfico manuscrito: “Era al mismo tiempo tan bajo el concepto que la sierva de Dios formaba de sí misma, que por ser obras suyas las juzgaba sólo dignas del olvido y desprecio, y así cuando las oía celebrar se avergonzaba y confundía tanto, que sentía la alabanza, al paso que un ambicioso de honra pudiera apetecerla. Cierta religiosa dio en una ocasión a un hombre docto y gran poeta para que leyese unas cantadas del Santísimo Sacramento, que la venerable Madre había compuesto, y después que lo hubo hecho, quedó con tan alto concepto que aseguró a la religiosa no había visto ni leído cosa mejor en su vida: y tan aficionado a ver más de aquél género, que rogó a la religiosa suplicase a la Madre Trinidad extendiese más aquella obra en obsequio del Santísimo. Y como la religiosa se lo propusiese, en llegando a entender que persona de fuera había sabido era suya la poesía se mostró tan sentida, que tuvo por bien la religiosa empeñada no volverle a tocar especie que tanto le mortificaba”.

Por desgracia, las composiciones de María de Córdoba se han perdido en su mayoría, conservándose tan sólo cuatro de ellas, según Narciso Díaz de Escobar. Así, recoge un romance titulado “La noche del Santo Nacimiento de nuestro Redentor”, una plegaria que comienza con el verso “Padre del futuro siglo”, un poema dedicado a la Ascensión de Cristo y el poema “Soliloquio”.

BIBL.: DIAZ DE ESCOBAR, Narciso, “Granadinas ilustres. Monja poetisa”, *La Alhambra* (Granada), nº 7, 15 de abril de 1898, 125-128 y nº 8, 30 de abril de 1898, pp. 149-153; RODRÍGUEZ TITOS, Juan, *Mujeres de Granada*, Granada, Diputación de Granada, 1998; CORREA RAMÓN, Amelina, *Plumas femeninas en la literatura de Granada (siglos VIII-XX)*, Granada, Universidad/ Diputación, 2002, pp. 159-163.

A. C. R.